

— Claro que sí, señor.

— Bueno, bueno, pues usted entiéndase con eso.

— ¿Le parece, mi general, que les dé un peso por plaza?

— ¿Y su tropa?

— Mi tropa se aguarda.

— Haga lo que quiera.

Aquel peso significaba para nosotros tantas cosas agradables y necesarias y le creíamos dotado de tamaña longevidad, que nos figuramos que contando con él estábamos listos para soportar cuantas adversidades nos vieran. A media noche nos levantaron tan pulida y donosamente como la primera vez: había que ponerse en camino y comenzar la serie de aventuras que debía recordarme por todo lo que me restara de vida mi permanencia en tierra michoacana. Un regimiento de caballería delante, otro á retaguardia, y en medio los tristes y asendereados belgas, formaban aquel cortejo singular, que desfiló por las calles de Tacámbaro entre los lamentos de las buenas señoras de la población. ¿A media noche? me diréis. ¿Acaso se encontraban despiertas á aquella hora? ¿Sabían las damas tacambarenses que ibais á ser llevados fuera del lugar?

Sí que lo sabían, pero aunque no hubieran tenido noticia especial de nuestro alejamiento, de todas maneras habrían visto lo ocurrido: se encontraban á aquella hora

ejerciendo el oficio más noble, más bello, más femenino que pueda existir: curando las heridas de los que las habían sufrido, velando á los muertos, preparando las mortajas de los que habían de ser enterrados al día siguiente. En una ventana, de donde salía esa fúnebre luz de los cirios (que conocen entre otras mil luces las gentes que han sufrido pesares, y que no confundirían con ninguna de las que anuncian el festín placentero, el hogar tranquilo ó el trabajo remunerador), en una de aquellas ventanasse detuvo el cortejo por indicación de unas señoras que hablaron al conductor de la cuerda. A través de la reja se veía el cadáver de Lejeune, vendado, con las manos enclavijadas, el rostro tranquilo y el aspecto de quien poco ó nada sufrió al recibir la muerte.

— Trinidad, dijo al jefe de la escolta una señora que



encabezaba á un grupo de cuatro ó cinco, ¿nos va usted á permitir que les demos á estos pobrecitos belgas algo que les sirva de itacate?

— Yo nada le puedo negar á usted, Petrita; ¡es usted tan buena chinaca! contestó deferente el conductor. Aquí vienen también Antoñita Padilla y Nacha Muñiz y todas estas muchachas tan planchadas, agregó el coronel Villagómez, como se llamaba nuestro Hudson Lowe.

Las señoras aquellas nos fueron repartiendo á unos tortas de pan, á otros gallinas, pollos, trozos de carne ó lo que mejor y más exquisito hallaron. Yo fuí objeto de la predilección de todas, pues no se querían convencer de que fuera soldado quien tenía aquella cara angelical.

— Mírale, tú, mírale qué criatura, decían las señoras.

— ¡Pobrecito, pobrecito!... Déjenosle aquí, coronel.

— No puedo, no puedo; eso con Régules.

— ¿Y va á caminar este muchacho quién sabe cuántas leguas?

— Eso no es justo.

— Allá con Régules, indicó Villagómez, ordenando la marcha y despidiéndose de las señoras.

Confieso que al ver á Lejeune pálido y tranquilo, sentí envidia de su suerte y deseé encontrarme al paso á algún Chucho Gómez que acabara conmigo, aunque por el trabajo que tuviera que tomarse se llevara mis pobres prendas de ropa, como se había llevado las alhajas de Lejeune;

pero al mirar aquella solicitud, aquella bondad, aquel ángel con que las señoras de Tacámbaro realizaban las obras del cristiano, me sentí reconciliada con la vida y pedí para esas gentes sencillas, candorosas, honradas, exentas de ambición y no contaminadas con la podredumbre del mundo, todas las bendiciones del cielo y todas las prosperidades de la tierra. Todavía al recordarlas siento llenos de lágrimas los ojos y me duele de que la adversidad no me haya traído los dones mayores que existen en el mundo: la limpieza de corazón, la pureza de intenciones y la sencillez de deseos y de miras.

Echamos á andar por una vereda tortuosa, solitaria y tan obscura como la que habíamos recorrido al salir de Acuitzío. Figuraos qué sufriría en aquella noche horrible, yo que nunca había andado á pie y sin cansarme más de una vuelta del Bosque; yo á quien espantaban las rutas macadamizadas, limpias, planas y rectas de Europa; yo que tenía los pies finos y delicados como las manos.

Tropezando, cayendo, levantándome, ayudada por los compañeros, llorando (sí, llorando como un chiquillo) y pidiendo á Dios acabara con mis tristes días, anduve un trecho largo, largo como de la tierra al cielo, como de la desgracia á la dicha. De cuantas veces estuve á punto de revelar mi sexo, otras tantas me contuve, pues me imaginaba que decir tal cosa equivalía á sujetarme á las vejaciones y á los horrores más grandes. Sentía destrozados

los pies, rota la espina dorsal, doloridos los riñones y el ánimo tan abatido, tan aplanado, tan falto de fuerza, que miré como una bendición la llegada á una gran hacienda en donde nos dejaron descansar un rato: un poco de atole de maíz y un par de tortillas duras repararon nuestras fuerzas y nos consintieron seguir aquella marcha espantosa. El resto de la jornada no fué tan pesado: un paisaje lleno de belleza en que pudimos ver toda la opulencia y todo el primor de la tierra caliente; árboles gigantes poblados de toda suerte de pájaros; torrentes de agua brotando recatados de entre las peñas; cerros inmensos que parecían tocar el cielo con su frente; cielo azul y sereno que nos cubría con una capa protectora, y lejos, lejos, una alfombra de verdura que nos parecía conducir á un país encantado en que ni los dolores del cautiverio, ni las penas de la pobreza bastaran á opacar la esplendidez del panorama. Para mayor alegría nuestra el comandante Villagómez mandó un mensajero que hiciera preparar un buen golpe de tortillas y una res que nos habíamos de comer al caer de la tarde, cuando rindiéramos la jornada en San Antonio de las Huertas.

La del alba sería cuando sonó el toque de levante; el destroncamiento era mayor que el de los días anteriores, la inseguridad de llegar al término de nuestra peregrinación se hacía cada vez más grande. Llevábamos apenas unos minutos de caminar cuando empezamos á sentir un

bochorno que nos invadía impidiéndonos todo movimiento: no tardó en aparecer el sol, rubicundo, ceñudo como el ojo de un cíclope irritado que nos contemplara desde la altura resuelto á avizorar nuestros pasos.

El paisaje difería de todo en todo del que habíamos visto el día anterior; en vez de las claras fuentes, de los ríos caudalosos, de los árboles enormes y de la alfombra de verdura que se extendía como señalando el camino de un país encantado, se veía ahora, hasta donde los ojos alcanzaban á darse cuenta del terreno, una inmensa llanura árida, triste, arenosa, sin límites, en la cual el sol concentraba sus rayos como en un reflector gigantesco.

A las nueve no era posible caminar. Teníamos al frente el inmenso llano gris rojizo, cuajado de pedacitos de arena deslumbradora que cegaban como el fulgor de cien mil diamantes tallados en rosa; detrás de nosotros soplaba un viento abrasador que parecía un latigazo que nos aplicaran en las espaldas; delante, al romper las capas de aquel aire que parecía estar confinado desde muchos siglos, sentíamos como si fuéramos penetrando en la región del fuego; arriba estaba como esfera azul é invariable que semejava un inmenso y luminoso sudario destinado á envolvernos, y en lo más alto, como un globo perdido en el espacio, el ojo incandescente del sol asestándonos sus rayos certeros, implacables, vengadores, como espiando

nuestro fin por el sacrilegio de habernos atrevido á hollar sus dominios.

Los ojos se cerraban para no mirar más la llanura monótona y desnuda, pero se sentía que el fulgor del sol no estaba fuera, sino que danzaba en el cerebro apretado de visiones horribles, de minúsculos haces de luz, de pedacitos de cuarzo brillante que parecían haberse incrustado en lo más hondo de la cabeza para perturbarla y hacerla daño.

Los pies seguían caminando, pero al sumergirse en aquella arena que parecía destinada á engañarles, porque les hacía dar dos pasos para atrás por cada uno que daban hacia adelante, acababan por sentirse entumecidos, hinchados, hechos trizas; y por más que el espíritu soliera estar pronto, la carne no obedecía y teníamos que caer fatigados y faltos de fuerzas.

Mas todo eso era nada en comparación del tormento de la sed: sentía la boca seca, la lengua como de oropel, una inmensa necesidad en la garganta y en el ánimo algo que excitaba á la lucha, á la disputa, á la riña vulgar: parecía que estaba mascando paño, y entonces me venían á la memoria las bebidas heladas, las frutas jugosas, el hielo que se deshace en la boca, las fuentes murmuradoras, los ríos que corren bajo las frondas de sabinos copudos, los baños reparadores, el vino suave que se introduce á la boca despertando todas las celdillas con que se aprecian la dulzura y el frescor...

De repente abrí los ojos: iba á la zaga de todos los prisioneros y detrás sólo marchaban tres soldados que parecían dormir sobre sus pencos: el sol centuplicaba en las arenas, en los arneses, hasta en el rostro atezado de los indios sus rayos abrasadores...

De repente oí un grito, un grito como de niño atacado de muerte, como de animal herido, como de mueble que cruje y se destroza: era un belga que iba cerca de mí, que primero alzó los brazos y echó para atrás el pobre hatillo que llevaba al hombro, luego clavó la cabeza en el suelo y dejó los pies en el aire y al fin se fué corriendo un gran espacio haciendo corvetas, echando maromas, revolcándose en la arena, metiéndose entre los caballos, abriendo unos ojos que parecían huevos cocidos y cayendo por último presa de horribles convulsiones que le hacían saltar un buen trecho del suelo...

— ¡Tápenle, que está insolao!

— ¡Echenle aguardiente en la cara!

— ¡Dénselo á beber!

— ¡Pónganle en una sombrita!

— ¡No hay gota de sombra!

No tardó en levantarse el pobre muchacho con los ojos extraviados, hablando cosas incoherentes y sin sosegar pie ni mano: subiéronle en ancas de un caballo y parecía cuerpo muerto cuando caminaba con los pies al aire, la cabeza caída sobre los hombros, el unifor-

me hecho pedazos y el aspecto de abatimiento más espantoso.

Anduvimos otro poco, pero el ruido de los pies y el de los cascos de las bestias al pisar la arena llegó á serme tan insoportable como la refracción del sol, como el calor que me agotaba y como la sed que me destruía. Empecé á mirar rojo, rojo en todas partes, rojo el arenal, rojo el sol, rojo el cielo, y á ver que se alejaban como siluetas confusas, entre vapores irisados, las cabalgaduras, los prisioneros, el horizonte polvoso que aparecía cada vez más distante... Luego perdí el conocimiento y caí al suelo sin poderme levantar. Conocí que mi fin se acercaba porque no regía bien de ninguna de las funciones: ya no veía nada, oía un rumor como de cien mil cigarras, las manos no me obedecían, y cuando trataba de tomar algo los dedos quedaban como agarrotados.

.....

— ¡Probecito! exclamó una voz femenina; bien dije que no podría aguantar... Chupa esto, muchacho, que es muy bueno pal cansancio... ¿A que estás mejor? Sígala y déjenmelo á mí, que yo sabré llevármelo á cuestras... Cógete de mi pescuezo; daca las manos; así, eso es... A la una... ¡Upale!... ¿Cómo te sientes? Pos pícale, que vamos bien... Yo no me canso... No me hagas cariños, que nada me debes... Tienes la sangre tan liviana, que ninguna gracia hago en cargarte... ¿No te duele nada? Pos ya verás; pa



—Pero, ¿qué vas haciendo allí, Miguelín? Vaya que es curioso...

las cuatro leguas que faltan hasta el sesteo, te llevo bien como quera...

Y empezó á andar conduciéndome á horcajadas como dicen que llevó el piadoso Eneas á su padre Anquises. Un poco más tranquila, logré darme cuenta de la situación y ver á dos prisioneros, un belga y un mexicano, que cayeron de la misma manera que el primer asoleado.

— ¡Demonio! advirtió Gheude tan luego como le alcanzamos; con este solecito no haya miedo de que le queden á uno sesos con vida... Pero ¿qué vas haciendo allí, Miguelín? ¡Vaya que es curioso! encaramado en la espalda de esta buena mujer... Pero ya se ha de haber cansado; déjemele un rato..

— Pero, ¿qué se está figurando, gabacho indecente, que soy de las de la media almendra? Aquí hay puños, no sólo pa llevar á este cristianito, sino pa cargar con usted con todo y barbas.

— ¡Pues no tiene corta la lengua la maldita galleta!

— Galleta, pero honrada, mal que le pese.

No sé cuánto tiempo habría durado aquella polémica si yo no hubiera intervenido manifestando deseos de aliviar de mi peso á la excelente Refugio.

— A ver, niño, quién te lleve más aprisa, exclamó la soldadera limpiándose el sudor con el envés de la manga. Al cabo estos gigantes son puros furrís...

Cargó conmigo el buen Gheude, y á pesar de lo apu-